**LA INVASION RUSA.**

Corrían los últimos días del mes de agosto de 1968. Anna estaba a un año de terminar la formación secundaria en la escuela. Junto a su padre Vendelín y el resto de la familia Molnár – madre y dos hermanos más, uno dos años mayor y otro un año más pequeño, - disfrutaba de las vacaciones estivales en un camping situado junto al lago Štrbské, en la región de los Altos Tatras, en Checoslovaquia, un lugar paradisíaco y agreste, ubicado a seiscientos kilómetros al este de la capital, Praga y a cuatro horas en coche desde su casa.

Solía levantarse temprano, casi al alba. No quería pasar demasiado calor mientras realizaba sus largas caminatas por los diferentes senderos de montaña que elegían entre todos. Pero antes, debía coger fuerzas y daba buena cuenta de unos magníficos desayunos, con generosos bocadillos rellenos de embutido y humeantes tazas de chocolate caliente, que la debían preparar para las rutas que hacían por los alrededores.

Ese día, habían realizado un recorrido de más de diez kilómetros por una pista en el fondo de un valle glaciar llamado *Dolina Bialki,* cerca de la frontera con Polonia*.* El sendero discurría en una suave pendiente ascendente, junto al río *Bialka*, que da nombre al valle.

La marcha fue suave, - más bien un paseo-, sin prisas y disfrutando de las diversas oportunidades que les brindaba la salvaje naturaleza y el entorno. Se sentaron a orillas del río, a disfrutar del espléndido día que hacía, de la paz y el silencio sólo roto por el canto de los pájaros; de los olores que desprendían los enormes pinos y abetos, del frescor del musgo, líquenes y los helechos que alfombraban el bosque, y la exuberante vegetación que lo adornaba todo. El propio borboteo del agua en su discurrir por entre las piedras y guijarros de su cauce, era una sensación muy agradable.

Descansaron en una amplia explanada donde decidieron reponer fuerzas y comer.

Después de comer continuaron su ruta hasta la confluencia de dos ríos, uno que nacía en la vecina Polonia, el *Rybi Potok* y el otro el eslovaco *Biela Voda*. A partir de ahí, el pico *Rysy* de 2.499 m, el más alto de Polonia, hace de frontera con Checoslovaquia.

Regresaron por otro sendero antes de que les pillara la noche. Esos parajes agrestes, eran dominios del oso pardo, el lobo, el lince o el alce, que habitaban los diversos valles aprovechando la riqueza cinegética y la abundancia de ríos y lagos de tipo glaciar.

Al regresar, cansados y satisfechos a un tiempo, de una larga jornada andando y disfrutando de la naturaleza, lo primero que hacían era encender un gran fuego. Después, se aseaban con el agua disponible que tenían a su alcance, se ponían ropas más cómodas sustituyendo las botas de senderismo por otras más flexibles, y a continuación, se disponían a preparar una cena reparadora a base de carne y a veces, hasta de lo que pescaban en los ríos por donde paseaban.

Alrededor de la hoguera, intercambiaban impresiones sobre lo ocurrido en el día, lo que más les había gustado o llamado la atención, la belleza de los paisajes y todo ello amenizado con la música clásica que Radio Praga solía emitir, lo que, sin duda, añadía un punto más de sosiego a sus ya de por sí, cansados cuerpos. La amena charla, que se podía prolongar hasta la media noche, estaba acompañada por algún té, para Anna y su madre, o el típico Slivovitz para el padre y el hijo mayor. Las damas de la familia consideraban que esa bebida alcohólica, destilada y fermentada del zumo de ciruela, contenía demasiado alcohol para ellas. Y por supuesto, para el pequeño de la familia. Llegada la hora, todos fueron a descansar merecida y plácidamente.

A la mañana siguiente, mientras tomaba el desayuno, a base de bocadillo de embutido y chocolate caliente, encendió el aparato para conocer el parte del tiempo por si la excursión que tenían prevista debía ser modificada. Y la noticia les dejó atónitos.

Radio Praga, difundía la siguiente noticia:

*“Ayer, día 20 de agosto de 1968, sobre las 23.00 horas, tropas del pacto de Varsovia pertenecientes a Polonia, la República Democrática Alemana, Hungría y Bulgaria, sobrepasaron las fronteras del Estado Republicano Checoslovaco. Esto sucedió sin el conocimiento del presidente de la República.*

*El presídium del Comité Central del Partido Comunista Checoslovaco considera este acto no solo una violación contra los principios de relación entre los estados socialistas, sino también una transgresión del derecho internacional”*

Esa noche, la del 20 de agosto de 1968, quedaría para siempre en la memoria de los checoslovacos, como la noche de la traición.

Más tarde, Radio Praga siguió informando con total libertad, como lo venía haciendo desde comienzos de ese año 1968.

*El mayor número de personas cayó frente a la sede de la Radiodifusión Checoslovaca.*

*” Estimados amigos, a la radio se están acercando unidades que disparan cartuchos luminosos y proyectiles de guerra. Avanzan lentamente por la calle Vinohradská y ya están a pocos metros de la entrada en nuestra emisora*”, informaba a los oyentes hacia las siete de la mañana la redactora Věra Šťovíčková.

O sea, que aquello no era una broma. Ya había muertos y heridos y frente a la sede de la emisora que, al parecer, los rusos pretendían apropiarse para comenzar la propaganda.

Poco después, todas las emisoras del país informaban que tanques rusos, apoyados por algunos otros países socios del Pacto de Varsovia, estaban en Checoslovaquia y se habían instalado en la mismísima capital, Praga y en las principales ciudades, como Bratislava o Brno.

El locutor hablaba con un tono entusiasta, como si fuera una gran noticia, lo cual, desconcertó aún más a toda la familia. Hablaba de que la presencia de los soldados rusos y sus tanques se debía a una solicitud expresa del gobierno checo, algo que no mucho tiempo después, se demostró que no era otra cosa que una burda mentira.

Anna entró en pánico y pensó en apagarla, como si haciéndolo, pudiera apagar la voz y deshacer todo lo que se estaba produciendo, pero se dio cuenta de que ese gesto, no cambiaría nada. Su padre se dio cuenta inmediatamente del gesto y le dijo que” era mejor saber qué estaba sucediendo y dónde”. Toda la familia, miraba de modo inquisitivo al padre.

* Pero Vendi, ¿qué está pasando? ¿Qué es todo esto? – preguntó desconcertada Tereza, la madre
* Estoy tan sorprendido como tú, querida. No entiendo nada.
* ¿Nos ha invadido la URSS? – preguntó Anna
* Pues por lo que dice la radio, me temo que sí. Si no, no entiendo lo de los tanques.
* Esto es lo mismo que ocurrió en Budapest en 1956, papá – sentenció Jan, el hermano mayor.
* Tienes razón, Jan. Se repite la historia.
* Pero, sigo sin entender la razón, el motivo – esta vez era Anna la que intervenía.
* Lo único que se me ocurre es que, desde hace tiempo se viene rumoreando que nuestro líder Alexandre Dubček, pretende (o a lo mejor debo empezar a hablar en pasado, pretendía) implantar una serie de normas encaminadas a modernizar algo el sistema comunista. Algo así como soltar un poco la cuerda que nos ata a Moscú y personalizar los principios comunistas a las necesidades de Checoslovaquia. Y tal vez, según parecen al gran oso, no le ha gustado nada la idea. Desde comienzos de este año, ha habido ciertas declaraciones que expresan un tira y afloja entre ambos países.
* ¿Sabes cuáles son esas novedades que tanto preocupan a los rusos, papá? – preguntó Jan.
* Pues hasta donde yo sé las reformas son un fuerte intento de Dubček para otorgar derechos adicionales a los ciudadanos en un acto de descentralización parcial de la economía y democratización. Las libertades otorgadas incluyen un aflojamiento de las restricciones en los medios de comunicación, la libertad de expresión y de desplazamiento. Las noticias que hemos escuchado al principio, dan buena prueba de ello. Eso entre otras cosas. También sugiere dividir el país en dos áreas o regiones o como se quiera llamar: Chequia por un lado y Eslovaquia por otro.
* Y esto ¿qué consecuencias puede tener, Vendi? – preguntaba Tereza.
* No lo sé, querida. No lo sé con certeza, con exactitud, pero ya te adelanto, ya os adelanto a todos, que nada bueno nos espera. Cuando los rusos salen a pasear con sus tanques, no suele ser para tomar el té con nadie. Acordaros de Budapest en el 56.
* ¿Qué pasó en Budapest, papá? – preguntó Alexsej el pequeño de dieciséis años.
* Bueno fue algo parecido a lo que ha sucedido aquí, y al mismo tiempo, muy diferente. Verás. En Hungría en 1956, hubo un movimiento revolucionario espontáneo de alcance nacional contra el gobierno de la República Popular de Hungría y sus políticas impuestas desde la Unión Soviética, que duró desde el 23 de octubre hasta el 10 de noviembre de [1956](https://es.wikipedia.org/wiki/1956).
* ¿Y por qué surgió esa revolución? – insistió su esposa que estaba orgullosa de su marido y de sus conocimientos.
* Desde el discurso de crítica a los excesos de Stalin realizado por Nikita Jruschov, el pueblo húngaro había solicitado continuamente la libertad necesaria para elegir su propio sistema político alejado del comunismo. Así, surgieron por toda Hungría movimientos que demandaban que se pusiera coto a las actividades de la policía secreta. ​
* Pero aquí no ha habido ninguna revolución, ¿no? – preguntaba el menor de los hijos.
* No. Y ahí está la gran diferencia. En Hungría fue un movimiento contra el gobierno, mientras que aquí, el deseo de cambio proviene desde el propio gobierno.
* Y entonces, si aquí todo está tranquilo, ¿por qué mandan a los tanques? - Intervino la madre.
* Es más, una señal, un símbolo. Si en 1956 fue Hungría y en 1968 es Checoslovaquia, tienen que mandar un mensaje claro para que todos lo entiendan: “no vamos a permitir libertad ni independencia de Moscú”. Moscú dirige, ordena y manda, y el resto obedece. Y para el que no lo tenga claro, enviamos a nuestros tanques.
* ¿Eso quiere decir que se van a quedar los soldados rusos para siempre? ¿Nos van a violar? – preguntó aterrorizada Anna.
* No, no, no, jeje, Tranquila Anny. No van a hacer nada de eso. Esto no es la II G.M. y nosotros no somos alemanes. ¿Si se van a quedar? Seguro que sí. ¿Cuánto tiempo? Pues me imagino que el que tarden en conseguir que las cosas vuelvan a su cauce. Es decir, al cauce que ellos han decidido.

A partir de ese momento, su padre, como cabeza de familia, decidió recoger el campamento y regresar cuanto antes a casa. La situación estaba descontrolada y nadie sabía qué podía suceder. No tenía las respuestas a las cuestiones que se estaban planteando, aunque fuera en silencio, pero sabían que ya nada sería igual y que debían dar por terminadas sus vacaciones de verano.

Durante el camino de regreso, Anna, sentada en el asiento trasero entre sus dos hermanos, sostenía la radio en el teórico centro del vehículo para que todos pudieran escucharla y no dejó de escucharla por si había novedades. Temía encontrarse con controles policiales o del ejército, pero al parecer, todavía era demasiado temprano. Todo había sucedido demasiado precipitadamente.

No apagaron la radio en ningún momento porque, aunque lo que decía el locutor no tenía demasiado sentido, les interesaba saber cómo estaba la situación. La noticia, el mensaje que leía el locutor, era reiterativo y machacón: “nuestros amigos de Moscú han acudido a la llamada de socorro del gobierno del Primer Secretario del Partido Comunista de Checoslovaquia, camarada Alexander , para garantizar la paz y la libertad de todos los ciudadanos en contra de quienes pretenden alterar el orden establecido”.

Nadie entendía qué demonios quería decir, pero, cuando no hablaba, emitían música clásica. Efectivamente.

Mientras el padre conducía de modo prudente de vuelta a casa, le pareció conveniente aleccionar a la familia.

* Como habréis imaginado es de vital importancia para todos nosotros que, a partir de ahora, seamos extraordinariamente prudentes a la hora de hacer cualquier comentario sobre esta situación. Ni siquiera con nuestros mejores amigos, vecinos y mucho menos, simples conocidos. Cualquier afirmación puede ser sacada de contexto y en manos de un manipulador, ocasionar serios inconvenientes a todos. Lo entendéis, ¿verdad? A partir de ahora, se debe imponer el silencio, como medida de precaución.
* Claro, papá, asintieron al unísono.

Anna, una vez superado el primer momento de terror, comenzó a tranquilizarse y a pensar con toda la lógica de la que era capaz en esos momentos, en las posibles consecuencias que traería esa invasión.

Anna, como todas las jóvenes de su edad, tenía un plan vital que consistía en terminar sus estudios secundarios, formarse como enfermera, encontrar un empleo, casarse y tener hijos. Y de todos esos objetivos, el que más ilusión la hacía era el último. La idea de ser madre, era su gran ilusión. Pero se trataba de construir una pirámide, y ser madre, era la cúspide y antes de eso, había que ir cimentando la base, es decir, todos los anteriores objetivos.

Lo primero en lo que pensó fue si sus estudios se verían afectados. Si cerrarían la escuela, o si la permitirían continuar. Y en ese caso, si no pudiera terminar sus estudios, toda su vida, todos sus planes, se desvanecerían en el aire, como una pompa de jabón.

De pronto se dio cuenta de que la invasión de los rusos, podría afectar al trabajo de su padre, que era director de una fábrica de zapatos y todo se enviaba a Moscú. Tal vez – pensó – tengamos que cambiarnos de casa y nos obliguen a compartirla con otras personas.

Eran demasiadas preguntas, demasiados problemas que, en ese momento, ni tenían solución, ni tenía posibilidad de influir en ellos de ninguna manera. Debía aceptar la incertidumbre y el desasosiego que producen, como sus nuevos compañeros d viaje. En todo caso, estaba claro que esa nueva situación traería cambios y seguro que no todos serían buenos. Así que no le quedaba otra alternativa que aceptarlo con resignación cristiana. Esa era una de las enseñanzas de su religión católica que tampoco la dejaban practicar libremente.

Consiguieron llegar a su domicilio sin mayores novedades y se dispusieron a continuar con su rutina diaria, a la espera de acontecimientos.

Anna, que siempre había dado muestras de ser una chica seria, formal y más madura para su edad de lo normal, a partir de ese momento, maduró mucho más deprisa. Casi de la noche a la mañana, literalmente, se convirtió en una mujer adulta. De repente se vio preocupada, directamente involucrada, en asuntos diferentes a sus asignaturas y los exámenes en la escuela.

Pronto, ante la escasez de noticias creíbles, comenzaron a circular de boca a oreja y en tono de cuchicheo, toda clase de bulos, rumores, falsedades y demás chismorreos, mezclado todo ello con sucesos reales, que recorrían el país de sur a norte y de este a oeste. Así, no tardaron mucho en irse conociendo algunos datos filtrados, que Anna intentaba procesar a la mayor velocidad posible.

A través de diversos amigos, conocidos, vecinos y familiares, las voces de algunos disidentes – que los había - comenzaron a hacerse oír, aunque con extremas precauciones. Empezaron a referirse a la “Operación Danubio”, - como fue bautizada por el ejército ruso-. Tal operación – decían estas fuentes - se desarrolló de forma rápida y con el principal objetivo de no otorgar la más mínima posibilidad de defensa a los checoslovacos. El líder del Partido, Alexander Dubček, en un desesperado intento de evitar el derramamiento de sangre, ordenó a las fuerzas armadas del país, que depusieran las armas sin luchar. A pesar de la falta total de beligerancia por parte de los checoslovacos, los tanques rusos giraron sus cañones contra los pueblos y ciudades, ocasionando graves daños tanto personales como humanos.

Nadie – y menos ella - entendía las razones de aquella actitud y menos aún el empleo de los cañones contra personas indefensas y pacíficas. Si hasta ese momento el posicionamiento político de Anna había sido algo difuso porque lo consideraba ajeno a su problemática estudiantil, fue a partir de ese instante cuando surgió su más profunda aversión por un sistema que alienaba al ser humano y a su libertad.

A medida que iba transcurriendo el tiempo, se iba produciendo una cierta permeabilidad en la comunicación entre algunos tanquistas y los ciudadanos. Así, se conoció que los checos, no fueron los únicos a los que se traicionó. También se engañó a los propios soldados soviéticos. Se les dijo que se pusieran en marcha camino de Alemania porque tenían que luchar para defender el comunismo. De repente, se encontraron en Praga, sin un ejército al que disparar y con miles de pacíficos y enfadados ciudadanos, que, mientras se dirigían al trabajo o se dedicaban a practicar deporte, les insultaban por haber invadido su país, pateaban los tanques en un desesperado intento de demostrar su ira y su frustración, e incluso algunos se subían a entablar conversación con los soldados, para pedirles explicaciones y dejarles bien claro que ni era necesario lo que estaban haciendo, ni eran bienvenidos.

Desde que se conoció la noticia de la invasión, alguna de sus amigas algo más mayores que Anna, que trabajaban en hospitales, la contaron que se habían dado cuenta de un notable aumento de visitas de mujeres embarazadas que iban a los hospitales a abortar. Contaban estas enfermeras que, al hablar con las pacientes, se percataron que estaban bajo los efectos del estupor, el miedo a otra guerra, - con el recuerdo de la anterior tan fresco en la memoria -, la frustración. Prefirieron evitar a sus hijos un mundo como el que les había tocado vivir a ellas. Este tipo de noticias, lógicamente, escandalizó y asustó mucho a Anna. La espantaba el aborto provocado porque por su fe católica, lo consideraba un crimen.

Como cada domingo, ese era el día en el que toda la familia se reunía a la mesa, sin prisas, sin madrugones y sin tener que ir a dormir temprano. Disfrutaban de la compañía, de una buena y animada charla, de un buen café y también de un excelente slivovica, el aguardiente típico del país. Ese domingo de mediados de septiembre, Tereza tomó la palabra.

* Esta semana he empezado a notar que los productos y alimentos más básicos están comenzando a faltar. Sal, azúcar, harina. Hay unas colas interminables. Me paso horas esperando mi turno y cuando llego, no encuentro todo lo que necesitamos. ¿Puedes hacer algo al respecto, Vendi? He oído comentar a algunas vecinas que la gente se está desplazando a los pueblos vecinos para hacer acopio de lo más básico, pero habría que ir con coche. Ir en autobús ya sabes que sería un cara o cruz.
* No te preocupes, querida. Veré qué puedo hacer. De momento dame una lista de lo que necesitas y tal vez me pueda acercar mañana lunes a Trencin o Nove Mesto. No te preocupes, ¿vale? Yo me encargo.
* Vale. De paso si encuentras algo de carne, lo que sea, tráetelo. Por aquí hace días que no se ve nada en las tiendas.

A la mañana siguiente, lunes, se pasó por la fábrica para verificar que todo estaba en orden. Una vez comprobado que todo iba bien, le comentó a su trabajador de más confianza que debía realizar unas gestiones y que estaría gran parte del día fuera. No era habitual que el director, se ausentara y menos durante casi un día entero, pero, al fin y al cabo, algún privilegio se merecía.

Vendelín, haciendo caso de las informaciones de su esposa, decidió tomar cartas en el asunto y encargarse personalmente del abastecimiento de alimentos a su familia. Echaría mano de todo el poder y la influencia que tuviera. En primer lugar, supuso que, si la escasez había comenzado a presentarse, incluso en los pueblos vecinos, lo más lógico sería ir a una gran ciudad. Aunque allí también sufrieran escasez, había más posibilidades de poder encontrar algo, en vez de una tienda de pueblo que atiende a unas docenas de clientes. Así que decidió trasladarse hasta Bratislava, a más de una hora en coche desde su casa.

Antes de entrar en la ciudad, se divisaba a lo lejos la característica y triste figura del Castillo, que, a pesar su estado ruinoso, aún se erguía con orgullo contra el horizonte, a la espera de recibir el cariño y la atención necesarios para recobrar la imponente figura que tuvo en sus mejores días, siglos atrás.

Además de las ruinas del Castillo, se veían unas columnas de humo de diferentes colores. Pensó que, en principio, no parecía que fueran edificios, pero tampoco estaba seguro. Cuando entró en la ciudad, pudo comprobar de qué se trataba.

En casi todos los cruces de las avenidas más importantes y las calles principales, ardían docenas de hogueras ante las que se arremolinaban muchos ciudadanos para calentarse. También vio soldados rusos por todas partes, armados hasta los dientes, apostados junto a sus vehículos. Daba la sensación de que había más soldados que Checoslovacos en Bratislava.

Cerca de una de esas hogueras vio una tienda de comestibles abierta y picado por la curiosidad, aparcó el coche y se dirigió, en primer lugar, a la tienda. Allí comprobó que afortunadamente su intuición no le había fallado y aunque era evidente que había estantes vacíos, lo cierto es que pudo abastecerse de lo más importante, incluida carne.

Después de haber cumplido con el objetivo de su viaje, dejó la compra en el coche y se dirigió hacia una hoguera, donde los allí reunidos le recibieron con frialdad y escepticismo. Podía ser un soplón del KGB o un ruso disfrazado.

Mientras alargaba las manos fingiendo que a mediados de septiembre tenía frío y quería calentarse, vio en el suelo, junto a la hoguera, alguno de los millones de pasquines y periódicos que los helicópteros rusos lanzaban cada mañana a las siete, con puntualidad suiza. Entonces, se dio cuenta de que los checoslovacos allí reunidos, usaban esa infame propaganda lanzada desde el aire, para alimentar las malditas hogueras, que inundaban el aire con las pavesas. Los reunidos allí, le miraban con desconfianza a la espera de ver cuál podría ser la reacción del recién llegado. Él, siendo consciente de que le vigilaban de cerca, con todo el disimulo del que le permitieron las circunstancias, - también él tenía que ser cauto y discreto - arrimó el periódico que todavía no había ardido a la hoguera para que se quemase junto con el resto. Fue un gesto sencillo pero elocuente. Después, miró de soslayo a sus desconocidos compatriotas y con una media sonrisa en sus labios, se despidió de todos ellos: “que tengan ustedes un feliz día, señores”. Y se alejó en dirección a su coche, mientras los que dejaba en la hoguera se juntaban para dilucidar quién era ese tipo.

No mucho tiempo después, una vez que la que se bautizó como la Primavera de Praga, había sido aplastada por las cadenas de los tanques de la URSS, comenzó la represión política.